

# ¿PILLADOS?



Después de lo ocurrido en esa casa rural de Álora todo cambió en la vida de Javier y de Marga. Lo que habían hecho en esa casa – y ambos lo sabían, aunque no les afectara por igual – era jugar con el mismo fuego sin importarles ya nada lo que había a su alrededor.

A Javier no pareció asustarle mucho. En cambio a Marga le aterró, y no podía dejar de reprocharse a sí misma el haber actuado de una manera tan inconsciente.

La imagen de Carlos o de Esther, espiándoles desde la planta alta mientras ellos hacían el amor a oscuras, era algo que le atravesaba el alma. Cada lágrima que imaginaba en la cara de ellos era una lanza que se iba clavando en su costado.

Y fue por eso por lo que no accedió a verle más durante la siguiente semana. Cualquier excusa era buena para rechazar sus numerosas invitaciones, y ambos se conformaron alimentando su sexualidad a base de mensajes, emails y alguna que otra llamada fuera de tono.

Por las noches era incapaz de dormir, pensando siempre en él y en sus besos alcalinos. En el trabajo era igual, y en el almuerzo, y en la cena... Era igual que estuviera sola, con Carlos, o con quien fuera, que su mente solo dibujaba la imagen desnuda de ese hombre que le empezaba a alejar incluso de la realidad. Estaba tan mal que llegó a creerse muy cercana a la locura.

Todas las mentiras que fue contando para estar con él a solas llegaba a creérselas ella misma, y es que ese hombre había hecho que todas las mentiras de su vida se hicieran realidad.

Una de esas tardes, después de un relajante y sensual baño de espuma – siempre a solas – Marga fue sorprendida por Javier, que había ido hasta allí solo para darle un beso.

- ¿Qué haces aquí? – preguntó asustada, aún con la toalla puesta en la cabeza como si fuera un turbante, y tapando su cuerpo - aún mojado – con ese albornoz blanco que tan bien le sentaba

- tenía muchas ganas de verte

- estás loco. Dijimos que no nos veríamos más – dijo ella entre susurros, mirando a un lado y otro del largo pasillo, e invitándole a pasar

- ya lo sé, amor mío – dijo él, entrando en el piso, y abrazándola cuando la puerta se cerró

- aquí no puedes estar, insensato – dijo ella, intentando separarle de su lado

- ya lo sé, pero es que necesitaba verte, necesitaba olerte ¿sabes? – dijo, alargando su mano por debajo del albornoz y acariciando su desnudez aún mojada

- Javier, no – ella intentaba luchar para sentirse por una vez vencedora – aquí no puede ser

- ya lo sé. No te preocupes – le decía mientras besaba su cuello y sus manos pellizcaban sus muslos calientes – me voy a ir rápidamente

- te vas a ir ya – dijo ella muy seria, apartándole de su lado violentamente

- ¿qué te pasa?

- ¿qué te pasa a ti? – preguntó ella, casi a punto de echarse a llorar, dominada aún por la zozobra provocada entre el miedo y la excitación

- no podía trabajar, ni hacer nada. No podía concentrarme... te necesito ¿sabes?

- y yo a ti. Y más de lo que me gustaría, pero no puede ser. Al menos aquí no

- ¿de verdad me necesitas tanto? – preguntó maliciosamente, acercándose a ella y acariciando su mentón mientras observaba esos senos dibujándose a través del escote del albornoz casi abierto

- más de lo que quisiera. Ya te lo he dicho

- ¿Y eso es bueno o malo?

- pues no lo sé, pero no creo que sea muy bueno

- ¿por qué?

- porque no es solo deseo, como al principio. Ahora deseo estar contigo a todas horas. Deseo dormir contigo, despertarme contigo, comer contigo, trabajar contigo, bañarme contigo, ¿lo entiendes?

- claro que sí. A mí me pasa igual

- pues por eso mismo tendríamos que hacer algo ¿no crees?

- ¿y hacer qué? – preguntó un tanto asustado - ¿no estarás hablando de...?

- sí... tendríamos que relajarnos. Dejarlo por un tiempo

- ni hablar, querida – le dijo besando de nuevo su cuello, abriendo lentamente su albornoz, y disfrutando de una desnudez que le hacía perder la razón.

Ella, sabedora que había vuelto a perder el combate, echó el candado de seguridad de la puerta, y se dejó hacer, disfrutando una vez más de un sexo tan salvaje como placentero. Una hora más tarde, después de mil lágrimas derramadas bajo la ducha, se volvió a sentir sucia... aunque cada vez menos.

Estaba preparando la cena cuando, de nuevo, el timbre de la puerta le sobresaltó. Era demasiado pronto para que se tratara de Carlos, y dudó en abrir la puerta.

Al hacerlo descubrió a Esther, muy nerviosa, que entró en la casa como alma que llevaba el diablo, fumando como una descosida, y hablando de forma ininteligible.

- ¿Qué te pasa, querida? – le preguntó a su amiga, siguiéndola por el pasillo
- es Javier...
- ¿qué le pasa a Javier? – preguntó sonrojada. Por suerte Esther estaba de espaldas a ella y no la pudo descubrir
- que me está engañando con una zorra – dijo muy seria
- ¿qué dices?... ya estás con tus batallitas
- no son batallitas, querida. Mira esto – le dijo, mostrándole su móvil

Sms guardado. Leer

*“no te preocupes cariño. Pero creo que deberíamos vernos a solas y decirnos todo lo que sentimos por fin. Así podríamos dejarlo a lo mejor. Yo también creo que deberíamos dejar todo esto y no hacernos más daño, pero solo podría hacerlo si te escuchara decirme a la cara que me amas y decírtelo yo a ti mirándote a los ojos”*

sms guardado. Leer

*“calma podríamos tener si esto tuviera una solución para no dañar a nadie, pero esto no tiene solución cariño. Si me pides calma me estás pidiendo que deje de amarte y no quiero dejar de amarte. Por favor, dímelo tú, dime que me quieres”*

- no sé qué decir – al hacerlo notaba que la boca se le secaba, y al elevar la mirada pudo ver la mirada de odio que tenía su amiga. Se sintió morir. Esos mensajes habían sido enviados a ella, y su amiga lo había descubierto todo. Una vez más – y ya eran muchas – volvió a desear que la tierra se la tragara allí mismo
- no tienes que decir nada. Y mira este – le dijo moviendo los botones del móvil para llegar a otro que tenía también guardado
- este es de su amante

sms guardado. Leer

*“estoy pensando en ti a todas horas. No te aparto de mi cabeza, y cuando escucho el cd tan maravilloso que me grabaste me dan ganas de llorar. Quedaremos, pero si lo hacemos ¿no será peor? ¿no querremos más? Me da miedo. te quiero”*

- ¿De dónde has sacado esto? – le preguntó a su amiga, releyendo el mensaje, sabiendo que ese había sido enviado por ella hacía ya algún tiempo
- el muy gilipollas lo tenía guardado en su móvil
- no está bien espiar los móviles de nadie. Es más, es hasta un delito
- ¿te vas a poner de su parte? No me extraña
- ¿qué quieres decir? – preguntó asustada
- no lo sé, Marga... estoy muy cabreada

- tú también tienes tus rollitos ¿no? – dijo Marga, intentando disimular su miedo y pudor
- sí, pero son distintos. Lo mío es solo sexo. Nada más
- a lo mejor a él le pasa lo mismo
- ¿acaso no has leído los mensajes? – dijo con rabia, con los ojos vidriosos – ese cabrón se ha enamorado de ella
- ¿y cómo lo sabes? – preguntó tan asustada como emocionada
- porque le conozco muy bien. Además, últimamente está muy raro. Siempre está cabreado, de mal humor, y hasta haciendo el amor está diferente
- no seas tonta. Seguramente ha sido un rollito, como tú dices
- ¿seguro?
- eso creo...

Por suerte su amiga no sospechaba nada de ella.

Javier, que era más listo que ella misma, tenía el número de Marga asignado a número desconocido, y por más que Esther lo intentó no consiguió dar con el titular de dichos y misteriosos mensajes.

- ¿Qué vas a hacer ahora? – le preguntó Marga, antes de que se marchara
- no lo sé. ¿Se lo digo o lo dejo estar?
- no lo sé. Yo creo que lo mejor sería dejarlo estar. Seguramente ya se habrá cansado.

Esos mensajes son antiguos

- ¿y tú cómo lo sabes?
- pues no lo sé... me lo imagino.

Cuando Esther se marchó, después de no menos de cinco abrazos y muchos besos a su amiga, Marga encendió un cigarro y cogió su móvil.

Javier salía del coche cuando recibió el mensaje.

Nuevo sms desconocido. Aceptar.

“E. ha estado aquí. Te ha pillado mensajes. Está muy mosqueada. Creo que será mejor dejarlo estar por un tiempo. Tenemos que tener más cuidado. Ciao”